

# Resistencia global al fracking

**SAMUEL MARTÍN-SOSA RODRÍGUEZ**  
RESPONSABLE DE INTERNACIONAL DE ECOLOGISTAS EN ACCIÓN

«El fracking ha servido para que personas que nunca se habían cuestionado de dónde procedía la energía que consumían empiecen a tomar conciencia de la insostenibilidad del modelo»

**H**ace apenas cinco años, la palabra 'fracking' era una absoluta desconocida en nuestro país y en Europa en general. De forma vertiginosa la incorporamos en nuestro vocabulario a medida que se fueron conociendo los proyectos de diferentes empresas gasísticas y petroleras. Hoy, prácticamente por todo el mundo se conoce la existencia de esta forma de extraer el gas y el petróleo que se encuentran atrapados en algunos tipos de rocas a miles de metros de profundidad, así como de los peligros y amenazas que conlleva. Las informaciones que nos llegan desde el otro lado del Atlántico, donde el desempeño de esta técnica tiene ya un recorrido de más de una década, acompañadas de potentes imágenes de viviendas con su grifo en llamas que no dejan lugar a dudas han despertado la sensibilidad de muchos ciudadanos en esta y otras partes del mundo.

Pero el fracking no solo representa la última amenaza de la que ganamos conciencia. Conocer grosso modo en qué consiste el fracking no solo ha servido para que el ciudadano medio atesore algunos nuevos rudimentos de ingeniería y se escandalice al tiempo ante los peligros de esta nueva vuelta de tuerca de la tecnología. El fracking representa algo más. Ha servido para que personas que nunca se habían cuestionado de dónde procedía la energía que consumían empiecen a tomar conciencia de la insostenibilidad de un modelo que se agota. Evidentemente, el movimiento ecologista ha estado en esta lucha desde el principio, como no podía ser de otra forma. Pero el grueso de la reacción social ha venido en gran medida a través de personas sin inquietudes previas, que no se habían necesariamente cuestionado nuestro modo de relacionarnos con el medio. Y ahí es donde la resistencia social al fracking despunta como un hito, como un gran activo para un cambio potencial, un posible y deseable punto de inflexión.

Las reacciones sociales iniciales de protección del entorno inmediato han evolucionado a cuestionamientos sobre el modelo energético. Se cuestionan las fuentes energéticas porque a nadie se le oculta ya el grave problema climático que nos acecha ni el escenario de creciente escasez de los combustibles fósiles. Pero también se cuestiona la propia gestión de la energía. Personas en todo el planeta toman conciencia de que las decisiones energéticas escapan a todo control ciudadano y son cocinadas por unas élites en connivencia con unos gobiernos que les amparan y protegen. Y la gente empieza a decir basta. Queremos controlar la energía. Queremos decidir sobre los recursos, que son de todos. No que-

remos agujerear nuestros territorios para que las grandes corporaciones tengan beneficios. Queremos producir energía de forma limpia y con criterios sociales, no para enriquecer a esas élites. Nos vamos a oponer a estas formas extremas de obtener energía.

De esa catarsis incipiente trata el libro «Resistencia Global al fracking. El despertar ciudadano ante las crisis climática y democrática». El libro narra 15 historias, contadas en primera persona, sobre cómo este proceso se ha producido en niveles diversos en distintas partes del mundo. Luchas a título personal o en el plano colectivo. En Estados Unidos, en Argelia, en Australia o en el Estado español. El libro cuenta, por ejemplo, el calvario de salud sufrido por una madre texana que denunció a una empresa por sus pozos de fracking, enfrentándose en los tribunales a una de las industrias más poderosas del mundo. Lisa Parr –así se llama– acabó ganando la primera sentencia judicial en la historia del fracking. Y esta lucha la transformó personalmente hasta el punto que hoy día se autoabastece energéticamente de sus propios paneles solares y su propio aerogenerador. En el libro también se cuentan luchas colectivas como la de las comunidades australianas, que ante la impotencia de no poder impedir el acceso a los derechos minerales que el Estado tiene sobre el subsuelo, desarrolló la imaginativa campaña 'Lock the gate' (cierra la puerta) que comenzó en las zonas rurales de Nueva Gales del Sur y que rápidamente se extendió por todo el país.

En algunos casos la resistencia ha llevado al cuerpo a cuerpo, y ahí la quiebra democrática se ha mostrado en toda su dimensión con la instauración de una especie de estado de sitio de facto, como ocurrió en la localidad rumana de Pungesti, que enfrentó a pobres y desarmados campesinos rumanos con la brutalidad de las fuerzas antidisturbios que protegían los intereses de la empresa americana Chevron. La misma empresa que no consiguió, sin embargo, doblegar la inquebrantable determinación de los campesinos polacos en Zurawlow. Tras 400 días acampados a la intemperie, la empresa se rindió y en el pequeño pueblo se constituyó la Asociación Zurawlow Verde, con el propósito de hacer una transición energética limpia. Su primera acción fue instalar paneles solares en el tejado del parque de bomberos, rebautizándolo como 'Casa de la Buena Energía'.

\* El libro *Resistencia Global al fracking* se presenta hoy, a las 19.30 h. en el Ateneo Riojano